

Unión de los dos relatos de la Historia Sagrada

Como hemos visto, cada reino tenía su redacción de la historia primitiva en los Beni-Israel, desde la creación hasta la división teocrática del país por Josué. El plan de ambos libros era el mismo, la religión de los dos autores la misma también, pero su espíritu era muy diferente. El li-

bro del Norte (jehovahísta) tenía una amplitud, una ingenuidad, un modo de concebir a Jehová que agradarían a los jehovahístas piadosos de Samaria o de Jerusalén. Mucho antes de la destrucción del reino del Norte se aceptaba este relato en el mundo piadoso, pero mezquino, de Jerusalén. Las cosas bellas que en él se leían, perdonaban otras condenables. El orgullo de Efraím y las tribus del Norte era notable, pero no se expresaba de manera molesta para Judá. El Libro de la Alianza, que era la única parte legislativa del libro israelita, contenía varios preceptos contra el culto de Jerusalén, pero nada de esto significaba un ataque directo.

Junto al relato jehovahísta, se conservaba el elohísta, fruto de una redacción más moderna. No contenía nada que pudiera agraviar las pretensiones de Judá, pues había sido escrito en Jerusalén. Y sin embargo, se leía menos que el otro, indudablemente porque se le creía menos piadoso, menos apto para enseñar los deberes estrechos de Israel para con Jehová. Ya hemos dicho que entonces se leía poco: la palabra sustituía al libro y por eso tomaba unas formas tan vivas, para quedar impregnada en la memoria.

Dicha dualidad en la redacción de un libro que cada día adquiría mayor autoridad no dejaba de tener inconvenientes. Estuvo motivada su existencia cuando existía la separación de los dos reinos, pero ya no cuando la casa de Israel quedó limitada a un territorio pequeño. La idea de fundir ambos relatos debió de nacer muy pronto y nos fundamos simplemente en conjeturas para atribuirlo al reinado de Ezequías, porque este tiempo fue el que mejor respondió al estado de espíritu en que se pudo concebir y ejecutar una empresa así.

Las reglas que guiaron al unificar fueron, poco más o menos, las siguientes: 1.^a Si los dos relatos eran idénticos o poco menos, no se daba más que uno, suprimiendo los detalles secundarios del otro. 2.^a Cuando eran paralelos, sin coincidir del todo, se mezclaban las dos narraciones, aunque surgiera de esto un texto incoherente lleno de rodeos. 3.^a En caso de contradicción formal, se suprimía uno de los dos relatos, o se hacía una historia con los dos, si era posible.

El sistema del unificador fue el de casi todos los recopiladores orientales. Normalmente no cambiaba las palabras de un texto copiado, tratando de utilizar todos sus detalles y no cambiar nada de los originales.

A consecuencia de este sistema de tijeretazos surgió una Historia Sagrada, seguramente mal hecha e incoherente. Si el unificador hubiera realizado la fusión más hábilmente, no se notaría ahora la diversidad de las fuentes y el texto ofrecería una materia perfectamente homogénea.

En eso se diferencian esencialmente el *epos* hebreo y el *epos* griego: los griegos tuvieron genio incluso para recopilar. Su Homero, a pesar de más de un *hiatus*, es un prodigio de armonía. La Historia Sagrada hebrea contiene páginas admirables, pero su lectura seguida es muy penosa.

El libro resultante de este trabajo de unificación forma poco más o menos la mitad del *Hexateuco* actual. Le faltaban el *Deuteronomio*, todo el conjunto de las leyes levíticas y varios relatos de la vida de Moisés. Las partes más hermosas y las más desarrolladas estaban tomadas del relato jehovahísta, aunque el elohísta triunfó por completo en un punto, que es el relato de la creación. Para toda la historia de los orígenes de la humani-

dad, el unificador guarda el marco del elohísta, introduciendo dentro de él largos fragmentos del jehovahísta.

La parte de legislación quedó representada en el texto unificado, por el Libro de la Alianza, que se conservó íntegramente y por el Decálogo, tal como está en el *Éxodo*.

Posiblemente el libro, en tiempos de Ezequías, terminaba en el cántico supuesto de Moisés que ocupa hoy el capítulo XXIII del *Deuteronomio*, fragmento cuya retórica recuerda la de los profetas de la época clásica. Parece oriundo del reino del Norte y se cree encontrar su eco en Oseas y en Isaías.

Han sido criticadas las hipótesis modernas sobre la composición del *Hexateuco* por ser muy complicadas. Probablemente no lo sean bastante y hubo en realidad muchas circunstancias particulares que se nos escapan. Las hipótesis sencillas suelen ser falsas, y si viéramos los hechos tales como ocurrieron, reconoceríamos que en muchos puntos concebimos las cosas más regulares que lo que fueron realmente.